

EL MOTÍN

Año XXXVI.

Madrid, Jueves 11 Mayo 1916.

Número 19.

El buen sentido

El viento de tu furia, *Juan*, encalma,
y reconoce humilde que si al cura
tu trabajo el sustento le asegura,
él te ofrece solícito el del alma.

Cuando ciñendo la celeste palma
la tuya se dirija hacia la altura,
verás que en ese cambio existió usura:
por un trozo de pan, eterna calma.

¿Que lo que tú le das se ve y se toca,
y lo que él te promete es inseguro?

¿Insegura la gloria? Punto en boca,
y sal de aquí. (Me pone en un apuro
si con su buen sentido me provoca
á probarle que existe el Bien futuro.)

José Nakens

A la memoria del general Maroto

En el sagrario de la conciencia...

He visto la Heroicidad. Lejos del fausto y del estruendo que pregonan las gestas antes de principiarlas y las celebra después de realizadas.

Hela visto en las escondidas moradas de la humildad sencilla y en el secreto de las conciencias. Hela visto bajo sus formas místicas todas.

Yo vi la monja purísima en aquella sublime etapa de la vía unitiva en que el espíritu vive en todas partes menos en su propio cuerpo: sintiendo las más remotas oscilaciones del espacio y del tiempo, lo infinito y lo minúsculo, y sólo insensible á la carne que le envuelve, más extraña para el espíritu, que lo más extraño. La vi, viviendo esa vida divina, en la soledad del claustro y en el silencio de la celda, sin testigos, sin admiradores, sin aplausos.

Yo vi al Genio científico y artístico vagando infatigable por los mundos de la Verdad y de la Belleza, atravesando desiertos, penetrando montes, saltando abismos, pasando fatigas mortales y celebrando deleitosas conquistas. Y vilo albergado en el mísero tugurio, dando tesoros á la sociedad que á él le negara asiento donde reposar y luz para escribir las grandes fórmulas aliviadoras de la dolencia humana.

Yo vi al Amor ardiente, envuelto en el recato, alentando para el amor, á veces no conocido, á veces no visto y sólo imaginado, á veces hallado desdeñoso. Le vi vivir toda una vida de sacrificio oculto, sin más premio que el amor mismo...

¿Esterilidad? ¿Locuras? ¿Divagaciones? ¿Quién lo sabe, si estamos en el abecé de estas ciencias?...

¿Quién sabe si el amor de Don Quijote es más placentero, más cuerdo y más fecundo que el de Sancho? ¿Quién puede hablar de esta biología espiritual, cuando en la física andamos rodeados del eterno misterio?...

El del general Maroto es uno de estos casos.

Enamorado de la República y vinculado al servicio del Rey. Atado por el lazo de hierro de la disciplina á un ejército cuyo principio y fin, cuya alfa y omega es el Pueblo, y que, contra su naturaleza y por arte de la sofisticación de la conciencia social, es utilizado por unos y considerado por otros como instrumento de suplicio contra el Pueblo mismo de quien procede y á quien va...

Pues en la extraña y vieja constitución social, así como hay individuos desdichados, hay instituciones desdichadas. Como hay el crimen colectivo, hay la virtud colectiva. Como hay individuos que se sienten desplazados y descentrados dentro de la institución, así hay instituciones desplazadas y descentradas dentro de la sociedad, respecto á la cual se hallan descarriadas, viciadas y esclavizadas.

Aun las mismas soberanías. Aun las propias monarquías. Aun las instituciones santas están sometidas á esta ley de la equivocación de la mente, de la prevaricación de la voluntad y del sucumbimiento al ambiente.

Y entonces, en toda institución vieja, y como tal, viciada y corroida de la propia caducidad y de la corrupción externa; entonces suele producirse el caso del individuo sano dentro del conjunto viciado. La disciplina y la moral entran en conflicto.

La conciencia del individuo choca con la Ordenanza y la Regla; y á cada paso el sentimiento del deber tropieza con la duda.

En el general Maroto esta su conciencia ha debido vivir en perpetuo conflicto. Semejante al sacerdote que, perdida la fe en la Iglesia, se halla atado á ella con lazo indisoluble, y no quiere ser hipócrita é impostor, ni quiere ser perturbador inútil; y rebusca dentro del oficio á que está fatalmente condenado, lo benéfico y positivo para consagrarse á ello, eliminando de su conducta y de sus ideas lo maléfico y engañoso; así el militar, poseído de la grandeza de su institución, brazo de las leyes sometidas á la suprema ley del *Bien del pueblo*, al ver al Pueblo hecho imbécil de su bien, indiferente, embrutecido, refractario á su salud, encenagado en sus males y aliado de sus propios enemigos; al ver al Ejército, nervio motor de la fuerza muscular de la Patria

para su defensa y engrandecimiento; y al ver la Patria desaparecida y su personalidad jurídica usurpada y detentada por políticos en cuadrilla, que se dicen monárquicos para poder prostituir la Patria, vender su cuerpo, comerciar con su honor, traficar sobre ella el tráfico de sus apetitos perversos: al ver al Ejército jurando defender la Monarquía como símbolo de la Patria; y al ver la Monarquía puesta en secuestro por sus sitiadores, que se hacen inviolables é irresponsables bajo su pabellón... esa conciencia militar ¡cuánto conflicto pasa! ¡En qué continuo sobresalto se agita, sintiendo simultáneamente tantos deberes y tan contradictorios á veces!...

El general Maroto--lo dicen los propios enemigos--fué tipo del militar pundonoroso. Cumplió fiel y lealmente todos sus deberes, con la Monarquía, con la Ordenanza... y con la Patria. Por servir á la Patria fué republicano, convencido quizá de que la Monarquía es incapaz de romper el secuestro y cautiverio á que la perversa política la tiene amarrada; y de que esa política, llamada monárquica para disimular su esencia antipatriótica, es la ruina de España y el azote del Pueblo... Del Pueblo todo, en todos sus conceptos, paisano ó militar; armado ó desarmado; soldado ú obreiro. Porque eso es el Pueblo: y de él el Ejército es sólo una parte y una expresión... Cumplió con la Monarquía, obedeciendo á la disciplina. Cumplió con la Patria, suspirando por la República...

¡La Patria, hogar del Pueblo, y el Ejército, custodio y guardián del hogar!... El Ejército, expresión muscular y afirmación externa del derecho, de la ley y del orden; del orden, trazado por la ley; por la ley, dictada por la justicia; por la justicia, orientada hacia el bien universal, que busca el respeto á la existencia y la actividad propias y del momento, dentro del movimiento universal y constante hacia la perfección... Así la Patria es un templo; el Pueblo el sacerdote; la ley, el culto; el Ejército, la garantía contra toda profanación; garantía constituida por la propia sangre, ofrecida á todas horas á ser derramada en defensa del sagrado recinto...

Ejército que vigila, mientras el Pueblo duerme; que lucha en batalla sangrienta, mientras el Pueblo ejerce su culto, el culto de la vida nacional... la vida de la Patria...

Así debió entender Maroto la milicia, como función religiosa y sagrada.

En su oficio tuvo dos épocas de entregarse en cuerpo y alma á él. En la guerra civil, luchando contra los enemigos intestinos de la Patria y del Pueblo, contra el bando de la tiranía y de la Inquisición, defendiendo la dignidad de la Patria y la libertad del

Pueblo. En la guerra de Cuba, luchando contra el extranjero.

Así, en dos campañas, pudo escribir con su sangre y proclamar con su esfuerzo el programa de su ideal: *la Patria, patrimonio del Pueblo*.

Cuando la fatalidad hizo ver á Maroto que ese patrimonio está usurpado al Pueblo por la pandilla monárquica, ofrecióse al Pueblo para rescatar su herencia.

De esta ofrenda, ¿qué se ha hecho?

Los gobiernos la han utilizado como estigma para llevarlo al ostracismo del favor y de la justicia; ostracismo tan doloroso como informe; ostracismo sin sentencia y sin defensa; conocido en su eficacia y desconocido en el texto.

Así ha muerto el general; en su oscuro y largo ostracismo, rodeado de la prevención y de la sospecha. El enemigo estuvo á su lado continuamente. ¿Y su amigo el Pueblo? ¿Y su idolatrada Patria?...

Su entierro nos lo dice. El cortejo discurrió por las calles entre la indiferencia pública. Pasaba un muerto... un innominado... un extraño...

Así puede escribirse su vida como la de todo verbo verdadero: «vivió entre los suyos y los suyos no le conocieron».

Ese es el mérito del soldado: luchar por la Justicia, sabiendo que él hallará en premio la ingratitud. Este es el mérito del amor: amar al desdeñoso. Esta es la heroicidad de la virtud: practicar el bien con quien ha de responder con agravios.

¡República!... ¡Amor de Maroto!... ¿Dónde estabas cuando el féretro pasaba por las calles camino del cementerio?

Ya lo sabemos. No tuviste tiempo de saludar el cadáver de quien te estuvo ofreciendo su sangre, por estar entretenida en morbosos delitos con quienes te la chupan.

No quieres soldados, sino alcahuetes. No quieres que te defiendan con las armas: quieres sólo que te lamen las lenguas.

Y así... en tanto que Maroto discurre solo, camino del cementerio, llevándose una historia heroica, una vida inmaculada y un nombre glorioso; tú, desdichada y loca, paseas en hombros á tus ídolos... esos ídolos que han llenado tu rostro con sus ignominias...

Y desde el sarcófago, Maroto, contemplando esta locura, te amaba todavía...

¡Tan loca... pero tan hermosa!...

¡Tan manchada de las infamias de los otros, pero tan inocente en su conciencia!...

S. PEY ORDEIX

CARTA RECIBIDA

Sr. D. José Nakens.

Admirado correligionario: Estoy en un momento culminante de mi vida en que la necesidad de adoptar una actitud no deja resquicio á la vacilación y menos aún al aplazamiento. Pero ante el temor de que mis facultades no reunan la agudeza precisa ni la indispensable práctica para aquilatar ciertos valores y justipreciar determinadas circunstancias, tomo la pluma y escribo esta carta que no va tinta en hiel de despecho ni tampoco impregnada en la amargura de una lamentación, que es solamente la expresión de una inquietud y el deseo de una ayuda. Al dirigirme á usted, interrogo á la experiencia del anciano, á la honradez del hombre, á los prestigios y méritos del político, entre los cuales no es el menor el de la sinceridad.

Como Vd. sabe, vengo sosteniendo desde hace más de dos años una campaña ruda contra los frailes que dirigen el Correccional de Santa Rita, monstruoso vivero de estulticia y degeneración. Mis acusaciones, terminantes siempre, han sido ahora formuladas del modo más directo y riguroso ante el Gobierno, ante la opinión, y hasta á los oídos del Sr. Maura, presidente de aquel patronato y exaltador invencible del espíritu ciudadano y los de la Liga de Defensa del Clero, hice llegar mi condenación y mi protesta. Nadie se consideró aludido ni agraviado. ¿Es que mis palabras, por infundamentadas, resultaban inocuas? No; es que toda condenación necesita el concurso de la masa social que, noblemente interesada en la contienda, preste fuerza al espíritu rebelde que censura ó anatematiza, pero que no puede por sí solo subsanar el error ó evitar el desmán. Y esa fuerza no se me ha dado; es más, las entidades que la moldean y la apasionan supieron soslayar su apoyo insustituible.

El Ateneo de Madrid me ha negado su tribuna de tan gallardo modo, que ni se dignó contestar á mi requerimiento, sin duda porque la elevada misión del intelectualismo no puede descender á las vulgares exigencias de la educación. Si bastardos intereses han maniobrado en este asunto, ¡brava fortaleza la de esos paladines! Si su conducta no ha obedecido á esa influencia, menos se ha inspirado en la lógica. Un Ateneo que cierra sus puertas á la discusión, niega la razón de su existencia; aunque muy bien pudiera afirmar otras razones que no me atrevo á considerar menos especulativas.

La Casa del Pueblo tampoco ha respondido á mi petición, hace mes y medio presentada. Si muchas bellas frases que un tiempo sedujeron mi espíritu le agitasen aún, ¡qué oportu-

nas ironías pudiera dedicar en este instante á la decantada soberanía del pueblo! Pero ya que huyó el momento propicio, me contento con establecer una preferencia: la de los ministros responsables — siquiera sea teóricamente — de algunas monarquías constitucionales, sobre la irresponsabilidad absoluta, cobarde, perturbadora y absorbente de los ministros de aquel otro soberano más teórico y más ilusorio todavía.

¿Y la Prensa? Yo le envié copias de mi denuncia al ministro. Apenas la reprodujeron seis ó siete periódicos de los cincuenta imparciales, avanzados, izquierdistas, á cuyas manos llegó. Ni entusiasmo ni simple solidaridad formularia quisieron demostrar. No era esta cuestión de doctrina sino de dignidad; pero ya que, para nuestra dicha, los órganos conservadores estimaron obligado su silencio en gracia de afinidades ideológicas con los culpables, obligado era también que las publicaciones liberales, en justa reciprocidad y estableciendo el equilibrio, se hubieran francamente declarado en mi apoyo. No quisieron obrar así; tentado estoy de decir que no pudieron, porque entre nosotros no hay más liberalismo que el indispensable para que parezca que existe, el de los motes, el de capa afuera. Capa adentro... ¡cualquiera calcula lo que llevan ó son capaces de llevar nuestros pregoneros! ¡Oh, la Prensa, la palanca formidable! Está bien el símil, pero, retóricas aparte, sería conveniente saber cuál es su punto de apoyo.

Estoy solo frente á los frailes. Mis artículos duermen siestas de diez días en las redacciones como productos que hubieran de ser sometidos á alguna manipulación previa antes de presentarlos al público ó como si se buscara desperdigar el interés de la exposición, restar intensidad á la campaña, aburrir al que escribe, desquiciar sus planes. Y de tal afortunada guisa, cae sobre todos los ardores de la juventud y del proselitismo el sudario de la desilusión. Si es una táctica incubadora de sacrificios, no está mal. Pero convengamos en que no se puede edificar en el vacío; por eso hay tanto solar en los cerebros de nuestros correligionarios. Una excepción honrosísima y confortadora: el ilustre jurisconsulto D. Alvaro de Albornoz se puso incondicionalmente á mi disposición.

He aquí mi consulta: Por mantener mis acusaciones he roto lazos cariñosos, afronté repulsas y renuncié á apoyos económicos. Abandoné la carrera en vísperas de ser abogado. Vi la miseria acercarse á mi puerta, tuve la osadía de desafiarse... y hoy está á punto de arrastrarme, atado á la cola de su sarnoso rocín.

Los caudillos no tienen en sus periódicos ni en sus bufetes una plaza para mí. Sólo algún republicano se

ha dignado ofrecerme esta ayuda eficaz: su mediación para vender los documentos tasados en varios miles de pesetas. La bondad infinita sobrecoge y á mí me dominó con sus fulgores. Apenas si la emoción me permitió tartamudear no sé qué excusa, banal seguramente.

Señor Nakens: Mientras aquellos que me brindaron generosa intervención empiezan á reírse de mí, yo le pregunto: ¿me puede decir si á su juicio queda algún recurso utilizable?

Nada más. Bien sabe usted que entre mis harapos no estará nunca mi dignidad.

Suyo amigo cordialísimo q. e. s. m.,
ABRAHAM POLANCO

Madrid, 7 Mayo 1916.

RESPUESTA

Amigo Polanco: Prepárese usted á oír algo que le sonará á herejía política por salir de mi boca.

Puesto que no encuentra usted en la opinión liberal ni en la republicana el apoyo que pensaba y que necesitaba para llevar á término su valiente y justa campaña contra el Correccional de Santa Rita, soy de parecer que...

Pero antes de proseguir, voy á relatarle á usted lo que contesté hace años, y en ocasiones diversas, á dos periodistas de talento y entusiastas republicanos, que, después de confiarme la situación angustiosa en que se encontraban, me consultaron si se deshonrarían entrando para vivir en periódicos monárquicos.

—Siendo por eso únicamente, no. Si por conservar la dignidad política se ponen ustedes en peligro de perder la personal (la miseria inspira malos pensamientos), no vacilen.

Ambos me miraron estupefactos. ¡Cómo! ¿Era yo, Nakens, el que así les hablaba?

—Yo no tengo derecho á ser intransigente más que conmigo, proseguí al observar su extrañeza; y con aquellos que, habiendo alcanzado en el partido cargo ó representación, se van á la Monarquía por medrar.

Nos despedimos, y Adolfo Luna entró en el *Heraldo de Madrid* y Marino Alonso en *La Epoca*. Ambos, cada vez que venían á verme, me daban las gracias por el consejo.

Pues como iba diciendo, amigo Polanco, aunque el caso de usted no es igual por los antecedentes, lo es por la situación que le ha creado; y en las situaciones difíciles de la vida, una mala orientación decide del porvenir. Por lo tanto, allá va la herejía de que le hablé:

«Si tiene usted medios de alcanzar un modesto empleo administrativo que le permita terminar su carrera, no vacile usted, utilícelos. Y tome posesión del cargo con la frente muy levantada

Me explico perfectamente la amargura y la indignación que rebosan en su carta.

Ser joven é inteligente; lanzarse á realizar una obra de justicia por evitar á España una vergüenza; llamar á varias puertas para que le faciliten el medio de interesar la opinión, ya con la palabra, ya con la pluma, y encontrarse con que no se las abren; y que la Prensa avanzada, que debía habérselas puesto de par en par, sólo se las entreabre; y que las autoridades civiles y judiciales le responden con el silencio, á pesar de haberlas usted excitado á que lo castiguen por calumniador si lo que afirma no es cierto...

Esto, no digo á usted, joven é impresionable: al hombre más flemático y mejor equilibrado de nervios, le hubiera llevado al desaliento, á la duda, y á buscar en el parecer ajeno una solución cualquiera; parecer que yo le doy, porque debo dárselo, con la brutal franqueza que se lo di á Adolfo Luna y á Marino Alonso.

Pero dejémonos de reflexiones y lamentaciones y vamos á lo práctico.

¿Tiene usted facilidad de acercarse al hoy ministro de Hacienda, Sr. Alba? Posible es, puesto que es usted de Valladolid, y él debe tener noticias de lo que usted vale, por la resonancia que tuvieron las dos conferencias que dió usted en el Ateneo de aquella capital. Pues véalo usted. Expóngale claramente su situación, y tengo la seguridad de que le proporcionará en un modesto cargo el medio decoroso de acabar su carrera.

Y, como antes le digo, ocupe usted ese cargo con la frente muy levantada; y con el orgullo de quien, careciendo de recursos, y teniendo en su mano documentos que seguramente le hubieran comprado los frailes de Santa Rita á buen precio, á cambio de su silencio, prefiere encerrarse por algún tiempo en una oficina del Estado, antes que cometer un acto que le rebajase ante sus propios ojos.

Y no le preocupe lo que puedan pensar ni decir los que no sepan comprender lo que cuesta adoptar resoluciones extremas, y que, acaso, de poseer los documentos que usted guarda, hubieran tomado otra resolución más provechosa; aunque no honrada, dado que los tiempos son poco propicios para retroceder ante escrúpulos morales en el camino de la fortuna.

Y si alguien osara motejarle por el acto realizado, contéstele usted con la arrogancia del que ha luchado bravamente hasta verse solo: «No soy un desertor: soy un vencido! Pero un vencido que tomará la revancha.»

Porque créame usted, Polanco: hay más gloria en ciertos vencimientos, que en muchos triunfos: actualmente lo atestiguan Bélgica y Servia.

EL MOTÍN



Don Andrés Maroto y Alba, general de brigada

Pero, ¡calla!... Se me ocurre en este instante una idea que puede servirle á usted mejor que mil consejos: esta; la de ahorrarle el sonrojo (siempre el hombre digno lo sufre al pedir á otro algo) de dirigirse al Sr. Alba. Lo haré yo por usted. Y ahora mismo.

«Señor Don Santiago Alba:

Muy señor mío: En el ministerio que acaba usted de dejar no figura mi nombre como solicitante de favores. Ni en el que ahora ocupa. Ni en ninguno.

Es posible, porque no soy un cualquiera, que si me dirigiese á usted particularmente pidiéndole en secreto un modesto destino para Polanco, usted me sirviera.

Pero como yo, si bien agradecido al favor, no quedaría satisfecho de mí por no poder manifestarle en público mi agradecimiento, le hago la petición desde *El Motin*.

Llevo en ello una mira egoísta, ¿en qué acción humana no la hay?; la de que, obrando así, cara á cara y á la luz del día, conservaré la libertad de censurar á aquellos republicanos que á cencerros tapados tengan fritos á los ministros de la Monarquía á puro pedirles favores de esta clase. Cuando no de otras.

Si yo hubiera estado en condiciones de poder decirle á Polanco, su inteligente paisano: «No se preocupe de nada durante el año que le falta para terminar la carrera», tenga usted la seguridad, Sr. Alba, de que no hubiera molestado á usted; entre otras razones, por acaparar para mí solo la satisfacción de haber contribuido en una parte mínima á allanar el camino á un muchacho de gran porvenir.

Mas ¡ay! no me ha sido posible. Mis queridos correligionarios no me perdonan el defecto más predominante entre los varios que tengo, el de la sinceridad, y me tienen un poco desnivelado económicamente.

No los imite usted en esta ocasión, desatendiéndome, y le quedará muy reconocido s. s. q. b. s. m., JOSÉ NAKENS.

Calculó, amigo Polanco, el efecto que va á producirle el leer esta respuesta, que no he querido darle á conocer de antemano.

¿Le agrada? Me alegraré.

¿Aprovecha usted mis indicaciones? Mucho más.

¿Produce efecto mi petición? Daré las gracias al Sr. Alba.

¿No lo produce? Entonces... Pero no, no me atrevo á aventurar mi opinión hasta que no me vea desairado.

En fin, la suerte está echada.

¡Ah! Se me olvidaba.

Guarde usted cuidadosamente los documentos que posee y que tuvieron la virtud de sublevarme cuando me los leyó, ¡a mí, que tan pocas cosas me sublevan ya!, por si se presentara

algún día oportunidad para utilizarlos; (el mundo da muchas vueltas). Mientras tanto, podrán servirle para dar testimonio de que, si San Antonio pasó hambre teniendo á mano un cerdo, lo cual es estupendamente milagroso, usted lo ha imitado en lo de poseer papel cotizabile, y no lanzarlo á la Bolsa de la *Indignidad*, en la que se enriquecen hoy los que olvidan que existen en el Diccionario de la Lengua estas palabras: *Honor*, *Honradez*.

Hablemos claro

Refiriéndose á la idea expuesta por mí de que renunciaran al acta los diputados y concejales, dice *El Mercantil Valenciano*:

«Por imposible tenemos que se realice el milagro que pide D. José Nakens.

¿Renunciar á sus actas los diputados y concejales? ¿Cómo! ¿El que hace alarde de no creer en milagros, pide ahora un milagro tan estupendo como base para la unión?

Y si el acta es la «República» para la inmensa mayoría de ellos, ¿cómo se pretende que renuncien á la «República», siendo «republicanos» tan convencidos, tan austeros, tan entusiastas?

Aun admitiendo el absurdo de que se realizara el milagro, ¿qué se conseguiría? ¿Recobraríamos la fe en ciertos hombres los que la tenemos cada día más arraigada en las ideas? Los malos pastores, ¿renunciarían á seguir guiando y explotando al rebaño? ¿Quedarían destruidas con la renuncia de actas las oligarquías con nombre republicano, las organizaciones de Juntas y Comités para incubar concejales y diputados?

Sin una selección rigurosa, sin hombres que se lanzaran al palenque para hacer y mantener esa selección y para aniquilar á los mercaderes del republicanismo, á los republicanos del rey ó del gobierno que mejor les atiende y sirve, ¿qué frutos se obtendrían de una unión en la que habría de faltar la mutua confianza, la fe y el entusiasmo?

Selección primero, y después unión; pero no para hacer diputados y concejales, sino para empresas más altas. ¿Por qué hemos de callar la verdad y contribuir á mantener equívocos?»

Tiene razón *El Mercantil* en cuanto dice. Nada se adelantaría con la renuncia de actas. Los males del republicanismo perdurarían, aumentando en intensidad, si no hiciéramos á la vez tabla rasa de todos los organismos que sólo sirven para mantener el *statu quo*.

¿Que por qué entonces la he propuesto? Por introducir una perturbación más que acelere el desquiciamiento completo del republicanismo que hoy impera y predomina.

Por poner en evidencia á los que vienen hablando de unión, siendo incapaces de sacrificar nada para que se efectúe en provecho de la colectividad, no exclusivamente en el suyo.

Por que, cuando un edificio amena-

za ruina, debe ser derribado por cualquier procedimiento, con el pico cuando se pueda; con la dinamita cuando no. Nada de puntales que sostengan lo que debe caer, para dejar el solar libre, á fin de que pueda el edificio ser levantado de nuevo, aprovechando los materiales utilizables.

Por todo esto lo he hecho.

¿Que cómo yo, enemigo de los procedimientos tortuosos, he apelado á este, para proponer lo que sabía de antemano que no había de aceptarse?

Por lo que ya he dicho: por dejar al descubierto á los que proponen ahora la unión, manteniendo las organizaciones existentes para que todo continúe como hasta aquí, creyendo conservar así la autoridad y la fuerza que han perdido.

¿O se me supone tan inocente en política y tan desconocedor de la república, que fuese á proponer en serio que los diputados y concejales renunciasen á sus actas? Antes que en ese, creería en todos los milagros que explota la Santa Madre Iglesia.

Quedemos, pues, en que opino, con *El Mercantil Valenciano*, que nada se adelantaría con que los diputados y concejales renunciasen al acta, si todo se dejaba como está.

Y que, una vez demostrado lo que me propuse, esto es, que en el republicanismo son contados los que renuncian al puesto que una vez obtuvieron, renuncio al empeño de que renuncien sus actas para facilitar la unión, los que han sido cogidos en un renuncio con esta broma que les he gastado, únicamente con el objeto de convencer á los republicanos de buena fe, de que la palabra sacrificio por el ideal es sólo una muletilla en ciertas bocas. Lo prueba el que ni uno sólo de los aludidos se ha propasado á emitir siquiera su opinión en el asunto, por si acaso. Ninguno. ¡Ni siquiera un mal concejal!

Por consiguiente, haré cuanto esté en mi mano para impedir que se pacte esa unión en que sólo se ha pensado después de convencerse de que peligran las actas. Y lo haré, porque he acabado de convencerme, al ver el retraimiento del pueblo en las últimas elecciones, que está ya cansado de farsas y de mentiras casi tanto como

JOSÉ NAKENS

BROMA SERIA

Y el caso es que, si bien se mira, la idea lanzada en broma por mí, podía haber producido un efecto maravilloso, si, contra todo lo que era de esperar, llega á encontrar eco.

¿Se ha pensado bien en el efecto que hubiera producido el ver á ochocientos ó mil hombres (los que sean) reunidos en Madrid después de la renuncia, para ser premiados por su desinterés y abnegación? Por lo nue-

vo, y lo inesperado, y lo inconcebible, el acto hubiera hecho pensar así á nuestros enemigos:

«¿De qué no serán capaces estos hombres que por ponerse en condiciones de combatir la Monarquía, han renunciado á un cargo que con empeño solicitaron ó con orgullo exhibieron? Si eran satisfacciones de amor propio las que buscaban, ya no las tienen; si eran otras más puras, inmoldadas quedan en el ara del sacrificio; si eran provechos personales las que perseguían, ya se les acabaron? Pensemos seriamente en el peligro que corremos.»

Y hubieran pensado bien, al pensar así.

Desde cualquier punto de vista que la renuncia se juzgase, siempre hubiera resultado honrosa para quienes la hubieran presentado, y enaltecedora para el partido que tan abnegados hombres albergaba.

¿Y ellos? ¿Cuán ufanos hubieran regresado á su residencia luciendo la Medalla! Ya nadie osaría dudar de si solicitaron ó aceptaron los cargos con fines torcidos. Ya podrían exigir que se les devolviese la consideración y el respeto que se les había arrebatado. Ya tendrían derecho á alabarse de haber realizado algo útil, digno y revolucionario.

¿Que el acto habría parecido algo teatral? ¿Algo? Mucho. Todo lo grande resultó siempre así. Pero teatral en el sentido elevado de la palabra, no en el vulgar á que estamos acostumbrados; teatral solemne, no de mojiganga; fecundo y con movedor, no infructífero y risible.

¿Puede haber nada más teatralmente ridículo que el ver á unos cuantos señores que fueron diputados y nada hicieron, enumerando ante el pueblo los servicios que no prestaron, ofreciendo lo que no han de hacer, atacando furiosamente lo que respetaron en el Congreso, y diciendo todo aquello únicamente por el ansia de que se los reelija?

¡Teatral! Casi todos los actos de la democracia lo son. Y deben serlo, porque las masas se mueven, más que por el convencimiento, por el sentimiento. Y de ahí su fuerza. Los que razonan, miden y pesan antes de decidirse las ventajas y desventajas de lo que van á hacer, casi siempre acaban por no hacer nada.

Por esta razón yo no condené nunca lo teatral que despierta ideas generosas inspiradoras de resoluciones enérgicas, aun cuando me burlara siempre de lo teatral que ni emociona, ni admira, ni impulsa. Y la entrega de esa Medalla, ¿quien lo duda?, hubiera emocionado, admirado é impulsado.

Y véase por dónde, una idea lanzada á conciencia de que sería rechazada, hubiera podido redundar en bien del republicanismo, si realmente existiesen entre nosotros hombres

dispuestos á sacrificarse, según ellos dicen, por el ideal.

Esto de acertar hasta cuando se habla en broma, es privilegio exclusivo de los grandes hombres como yo; de igual manera que se equivocan los que no lo son, hasta cuando creen obrar en serio, pasándose á la Monarquía.

Pongo por caso: Melquiades.

BROMAS DISTINTAS

Contesto por anticipado á esta objeción que seguramente me harán algunos:

«¿Y cómo, tratándose de una cosa tan seria como la unión de los republicanos, se ha atrevido usted á dar broma tan pesada?»

Por ponerme al diapason de los que han lanzado esa idea. ¿Pero qué es eso de broma pesada? La de ellos sí que lo es. Y sangrienta además. Yo, con la mía, sólo he tratado de abrir los ojos al pueblo. Ellos, con la suya, tratan de cerrárselos. Con la mía, nada busco. De la suya, ellos esperan algo. Compárense las dos bromas, y se verá que la mía, sobre ser más ingeniosa y de mejor gusto, pudo ser provechosa para el partido, mientras la suya lo es para ellos.

Aunque, no; estoy razonando sobre una comparación falsa. La de ellos no es broma; es una burla sangrienta al pueblo inocente, ignorante ó fanático. Equivale á decirle:

«¡Imbécil! Secunda y haz tuya la idea de unión, porque nos es preciso para seguirte embaucando. Cuando no interese romperla, ya te lo diremos. Sabemos que con ese espejuelo te cazamos, y por esto lo ponemos al lado de la red. Hoy nos conviene entretenerte diciéndote que debemos unirnos para derribar la Monarquía. Si un día nos recuerdas esta afirmación, te diremos que las revoluciones no pueden hacerse cuando se quiere, y que no tenemos ni un fusil.»

Y yo pregunto:

¿Entre la broma que yo he dado para que el pueblo juzgue en serio á los que le piden votos, y la que le vienen dando hace años esos hombres ¿cuál es la menos censurable por la intención? La mía indudablemente.

Y admito discusión con el que sostenga lo contrario.

LOS QUE BOTAN, PERO NO VOTAN

Van siendo cada día más en número. Si alguien lograra agruparlos, formaría la fracción más importante del partido republicano.

¿Que por qué la más importante? Por ser la que contaría con más hombres de los que discurren por su cuenta, como lo han probado proclamándose independientes de las fracciones en que militaban.

Pero será muy difícil encontrar la fórmula para sacarlos de su retraimiento. Son tantas las veces que los han burlado, que desconfiarán de todo el que les vaya con ofrecimientos que otros les hicieron y de los que se olvidaron al concederles ellos el voto.

Compararán al que les hable, con aquel tendero que puso este letrero á la puerta de su establecimiento:

¡COMPRADORES!
NO VAYAS A OTRA TIENDA
A QUE OS ENGAÑEN
¡VENID Á ESTA!

LA LIBERTAD Y LA REACCION

Discurso pronunciado por Menéndez Pallarés en el cementerio de Mallona de Bilbao, á cuya villa fué invitado por la Sociedad «El Sitio» para honrar la memoria de los que murieron por la Libertad, y que resulta, sin haberlo pretendido el gran orador, una réplica al pronunciado en Oviedo por Vázquez Mella:

«Señores: Este acto serio, sentido, solemnisimo, de veras me conmueve.»

Si era costumbre en estos actos pronunciar un discurso, se ha pronunciado ya ese discurso elocuenteísimo, en nombre del Ayuntamiento de Bilbao por el señor Prieto.

Yo hablo en representación de la Sociedad «El Sitio» y hablo para cumplir un honroso encargo. Seguramente interpreto el sentir casi unánime de los hijos de esta invicta villa de Bilbao, al rendir el más sentido homenaje de admiración y respeto á la memoria gloriosa de los que durante las dos guerras carlistas, en defensa de la libertad y de las prerrogativas civiles, supieron luchar con el valor de hombres y morir con la resignación de mártires.

He de ensalzar particularmente el recuerdo perdurable de la abnegación ejemplar con que vuestros abuelos, vuestros padres y algunos de los aquí presentes, supieron defender á la noble é invicta villa de Bilbao en las distintas veces que fué sitiada por las huestes del absolutismo que llevaban por bandera la maldición al progreso en el alma, la oración en los labios y en el corazón el odio y las virtudes cristianas.

Este homenaje que coincidiendo con la histórica fecha del 2 de Mayo de Madrid, rememora el levantamiento del último sitio de Bilbao, no tiene ningún sentido agresivo, no es una provocación contra los que militan en las filas del tradicionalismo, hombres póstumos, paladines de una civilización ya muerta, que todavía luchan en los comicios, en el Parlamento y en la Prensa en defensa de la causa carlista, mantenida hoy por D. Jaime de Borbón.

La guerra carlista, aparte de horrores abominables como los fusilamientos de Burjasot y el saqueo de Cuenca, fué y sería si de nuevo se reprodujera, un crimen colectivo, no tanto porque significó la defensa por medio de las armas del derecho de sucesión á la corona de una de las ramas de los Borbones, sino porque en el orden ideológico, en el orden de la realidad política y social representaba el ré-

gimen del absolutismo frente al régimen excelso de la soberanía nacional, representaba el imperio de la fuerza frente al derecho, representaba la inquisición frente a los fueros sacrosantos a la conciencia humana.

Ni Numancia en la antigüedad, ni Gerona y Zaragoza en el período de la independencia, excedieron en heroísmo a los nobles hijos de Bilbao durante los dos sitios de 1836 y 1874.

Los sitiadores, en posición ventajosa, bombardeaban la plaza a diario, después de oír misa, con fuego incesante; entre los sitiados llegó a faltar el pan. El hambre cooperaba con la acción de las baterías carlistas, pero la fortaleza de ánimo de los bilbaínos supo sobreponerse al conjunto aquel que provocaba la muerte.

¡Ah!, de ningún labio salió la palabra capitulación, y Bilbao, más afortunado que Zaragoza y Gerona, unió a la grandeza de su heroísmo la satisfacción de aquella victoria, que produjo regocijo inmenso en toda España, tan perturbada entonces por las parcialidades políticas.

No he de hacer, claro está, una narración histórica, ni siquiera he de pronunciar un largo discurso; mi finalidad quedará cumplida dando expresión, tan laconica como sentidísima, a la gratitud del pueblo de Bilbao a los que supieron inmolar sus vidas por una causa que era de vida o muerte para la patria y que ha merecido el aplauso de la humanidad y la sanción de la Historia.

No he de citar nombres de los mártires a quienes se dedica este público homenaje; sean hoy todos iguales, los de condición humilde y los de apellidos preclaros, en la bendición de nuestros labios, en la gratitud que les rinde nuestro corazón.

Es una deuda que no se extingue jamás, que pasa de generación a generación, en honor de los que mueren por una causa noble, por la causa de la libertad, luchando contra otra que no era noble, como la carlista, aunque llevara como lema la religión.

El carlismo confunde el aspecto filosófico con el aspecto político de la religión, y por eso en el pasado siglo pretendió, y lo pretende en el siglo XX, en nombre de la religión, ejercer una tiranía insostenible sobre el pensamiento y sobre la conciencia. En este punto es preciso afirmar que la religión, respetable en el alma de quien la siente, no tiene su órbita dentro de la política, según declaró el Mártir del Gólgota, al vedar para el clérigo el cercado del César. En este punto, en orden a las creencias, la garantía de la libertad estará en la plena y absoluta soberanía del Poder civil, que por su naturaleza pugna con toda preocupación teológica.

La religión no puede ser aliada del carlismo; la religión necesita para convivir con los ideales de la vida moderna, de la libertad como norma jurídica para la práctica de su culto y para la propaganda de sus dogmas.

El carlismo, en cuanto signifique la actuación de la religión en la política, es una verdadera herejía, porque desnaturaliza la religión misma, porque la convierte en bandera de intereses mundanos, porque la invoca como título de privilegio y de poder, porque la erige en obstáculo a las riendas del progreso y la hace incompatible con las instituciones democráticas y con la plenitud de la vida ciudadana.

El pueblo de Bilbao, que ha templado

su alma en la resistencia tenaz al reiterado intento de la dominación carlista, tiene que ser un pueblo eminentemente liberal, de espíritu abierto a todas las ideas, dispuesto a la abnegación y al sacrificio si osara alguien de nuevo apelar a la fuerza para poner mano en la Constitución del Estado en sentido retrógrado, para herir el tesoro espiritual, el patrimonio sagrado de las libertades y de los derechos conquistados. Son muchas y fundamentales las cuestiones que dividen a los liberales en España. Pero de eso no se puede hablar aquí, de eso no se debe hablar hoy. La efeméride invita a abrazarnos a todos los liberales y aquí no puede haber más grito que este, el grito de ¡viva la libertad!; sin que este grito, claro está, se inspire en sentido alguno de parcialidad política, porque la libertad en el orden natural, es ley humana, es pensamiento, es voluntad, es actividad, es industria, es comercio, porque la libertad es dignidad, es honor, porque la libertad es la vida.

No aborrezcáis la libertad, porque la libertad no haya dado sus frutos. En España se ha puesto la libertad en la Constitución y en la administración el despotismo, y así resulta la libertad atada de pies a cabeza.

Y así, al rendir culto a la libertad ante la memoria de estos mártires, claro es que nos referimos, no a la libertad oficial escrita en las leyes, sino a la libertad ideal, a la libertad que palpita en el fondo de nuestras conciencias. En este sentido han de reunirse los liberales todos, con abstracción de las formas de gobierno, de creencias y de matices, en esta manifestación en el día de hoy, más solemne que otros años por la presencia del insigne, del ilustre, del glorioso Pérez Galdós.

Termino. No quiero molestaros más tiempo. El discurso que debía aquí pronunciarse, ya se ha pronunciado por el representante del Ayuntamiento, señor Prieto, pero termino diciendo: Los pueblos no pierden su amor a la libertad hasta que su corazón se marchita o el espíritu se envilece o se acobarda. Si acaso, según se anuncia, allá en Covadonga se iniciara una cruzada contra el liberalismo, al grito de ¡viva la libertad! se unirían todos los amantes del progreso, que la libertad entraña en sí virtualmente el progreso todo, que no hay reforma justa, que no hay reivindicación social, que no hay conquista jurídica que no sea un corolario del principio de libertad, que la libertad, como decía un publicista francés, es hija del Evangelio, es hermana del amor, es madre de la paz, de la prosperidad, de la igualdad y de la justicia.»

Advertencia administrativa

Todos los lectores que hayan remitido directamente a esta Administración alguna cantidad, por ínfima que sea, para ayudar a la publicación de libros de EL MOTIN, y no hayan recibido los que les

corresponden, sírvanse indicarlo y se les enviarán inmediatamente.

Lo mismo digo a los que la remitieran por conducto de "El País", que entregó en esta Administración el importe total de lo recaudado.

A "España Nueva" se le han enviado ya los libros correspondientes a la cantidad de 176 con 50 céntimos que entregó.

Y a "La Región Cantabra" de Santander, por la de 302.

Y a "El Noroeste" de Bilbao, por la de 36'10.

Y a "La Justicia" de Catalunya, por la de 66'60.

Y a "La Tijera" de La Línea, por la de 27'25

Y a "El Pueblo" de Valdepeñas de Jaén, por la de 49'55.

Y a "Oriente" de Santa Cruz de La Palma, por la de 33'25

Y a "El Popular", de Almería, por la de 14 pesetas.

EL MOTIN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en este periódico en el 25 por 100 de rebaja.

Libros en venta

CALUMNIAS AL CLERO
MÁS CALUMNIAS AL CLERO
OTRAS CALUMNIAS AL CLERO
NUEVAS CALUMNIAS AL CLERO

Inventadas

por

José Nakens

Precio de cada tomo: DOS pesetas.

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID